



## Reseña

**Batticuore, Graciela. *Lectoras del siglo XIX: Imaginarios y prácticas en la Argentina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ampersand, 2017.**

Alejandro Romagnoli<sup>1</sup>

El nuevo libro de Graciela Batticuore continúa la línea de investigación que, desde la publicación hace poco más de una década de *La mujer romántica: lectoras, autoras y escritores en Argentina (1830-1870)*, ha convertido a la autora en una de las especialistas más destacadas en el área. Al mismo tiempo, su más reciente aporte a la historia de la lectura y los estudios de género es un trabajo que asume nuevos desafíos. Parte de su originalidad reside en la incorporación del análisis de imágenes y en el modo en que avanza sobre el siglo XX para continuar interrogando la figura de la mujer lectora, cuyos perfiles aún en el XXI –en el propio momento de la escritura, propiciándola– se encuentran teñidos de emociones diversas –“de inquietud, fascinación, a veces de temores” (15).

El libro está organizado en tres capítulos, cada uno de ellos dedicado a un tópico: la lectora de periódicos, la lectora de cartas y la lectora de novelas. El primero comienza con el análisis de un cuadro de Prilidiano Pueyrredón, en diálogo con otros de Carlos Enrique Pellegrini y de Benjamín Franklin Rawson, para mostrar las diferencias con que hombres y mujeres fueron retratados en

---

<sup>1</sup> **Alejandro Romagnoli** es profesor y licenciado en Letras, y magíster en Estudios Literarios (Universidad de Buenos Aires). Su tesis de maestría consistió en el estudio y la edición crítico-genética de un manuscrito inédito de Paul Groussac sobre la obra de Esteban Echeverría (en prensa). Actualmente, es becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Es docente de la materia Lectura y Escritura Académica del Departamento de Economía y Administración de la Universidad Nacional de Quilmes. Dicta talleres de lectura y escritura en la Universidad Nacional Arturo Jauretche. Está a cargo de la asignatura Teoría Literaria I en el Instituto Superior de Formación Docente N° 50 de Berazategui. Contacto: aeromagnoli@gmail.com.

esas pinturas en las que la lectura de periódicos, aunque más vinculada con las figuras masculinas –en virtud del fuerte nexo que anuda la prensa a los asuntos públicos–, no dejaba de incorporar a las mujeres. A partir de allí, analiza el modo en que los primeros periódicos porteños, sobre todo los de la década revolucionaria, plantearon una serie de inquietudes –como la de la corresponsalía y la de la educación de la mujer– que tendrían una prolongada presencia en las letras argentinas. El análisis de Mariquita Sánchez, figura que Batticuore ha trabajado *in extenso*, aquí es sugerentemente retratada junto con quien también era, para esos mismos años, una diestra lectora de periódicos, Encarnación Ezcurra, la esposa de Juan Manuel de Rosas. Esas representaciones son articuladas con otras que se verifican a comienzos de la década de 1830 en las primeras publicaciones femeninas (*La Argentina*, *La Aljaba*) y en la prensa popular de Luis Pérez (*El Gaucho*, *La Gaucha*), que incluyen imágenes más tradicionalmente ligadas a la domesticidad. En ese acercamiento de figuras y publicaciones disímiles, que resitúa las diferencias sobre un fondo común, radica uno de los puntos más atractivos de un análisis que se desplaza también entre textualidades. Así, personajes de novelas, como Marcelina (*Amalia*, de José Mármol, 1851-1855) o Medea (*La gran aldea*, de Lucio V. López, 1884) permiten visualizar el peligro que entonces la política podía representar para las mujeres. Por último, la autora se detiene en las lectoras de fin de siglo, que forman parte de un público ampliado y diversificado en el que emergen nuevas figuraciones: a la “lectora patriota” (45), se le suman la “lectora de la página bursátil” (65, *La Bolsa*, de Julián Martel, 1891) y la “lectora proletaria” (67) (*La Voz de la Mujer. Periódico comunista-anárquico*, 1896-1897). El capítulo se cierra con el análisis de un óleo de Miguel Boneo que hacia 1900 representa a una mujer en una *Agencia de colocaciones* –así se titula el cuadro–, pero en el que los periódicos siguen estando en manos de los hombres.

El segundo capítulo vuelve a recorrer el siglo XIX, esta vez a partir de la escritura y la lectura de cartas. En primer lugar, de cartas de amor –siempre atravesadas por la política– que Batticuore explora a partir de cuatro epistolarios sumamente atractivos (como el de las cartas sin respuesta de Guadalupe Cuenca

a Mariano Moreno). El análisis de las figuraciones literarias, en cruce con las artísticas, le permite moverse entre la literatura y el arte europeos y argentinos hasta recalar en el Retrato de Manuelita Rosas (1851), de Prilidiano Pueyrredón, que, considerado en relación con los bocetos del autor, la literatura de la época y la pintura del siglo XX, revela una compleja trama de significación histórica. Los colores, las posturas, los gestos, los libros y las cartas que se leen o se escriben o simplemente se exhiben: en ese hilado de detalles emblemáticos el ensayo apoya su eficacia. Estudia asimismo el género de la carta en su vinculación con el ideal civilizador de la época, desde el caso de la mujer analfabeta hasta la mujer letrada. Un legajo de cartas familiares con el que Lucio V. Mansilla y su hermana aprendieron a leer a instancias de su madre, y las representaciones que en la novelística de Eduarda asocian cartas y barbarie (de la civilización) son otras escenas que la autora interroga. El capítulo se cierra con un análisis del ochenta, cuando el factor político dejó de ocupar necesariamente el centro de la escena y en el que emergieron otras preocupaciones asociadas al proceso de modernización: *Pot-pourri. Silbidos de un vago* (1882), de Eugenio Cambaceres, pero también retratos de Graciano Mendilaharsu y de Juan Manuel Blanes, le permiten dar cuenta de la forma en que la lectura de cartas aparece más resueltamente asociada con la subjetividad personal, con la especulación, con la moral o con el amor romántico en crisis.

El tercer capítulo se focaliza en la figura de la lectora de novelas y recorre el tema en diferentes direcciones que se van entrelazando. Comienza con un análisis de las lectoras en el cine argentino (desde *Amalia*, de Enrique García Velloso, en 1914, hasta *Camila*, de María Luisa Bemberg, en 1984) y se pregunta tanto por las condiciones que explican aquello que se ha desplazado con respecto a las prácticas y las representaciones del siglo XIX –una centralización de la novela sobre la poesía, una inversión de roles que lleva a que sea la mujer la que lee en ciertas escenas de libros compartidos– como por lo que permanece inalterable, ciertos tópicos asociados al imaginario femenino (por ejemplo, que el amor se aprende en las novelas). A partir de allí, Batticuore muestra cómo esas figuraciones fueron posibles por el proceso de modernización registrado hacia fines del XIX en el que las mujeres no sólo se consolidaron como lectoras sino

como escritoras en el camino de la profesionalización, proceso que a su vez reconoce antecedentes en los debates de la generación romántica. Se destaca esta capacidad para trazar largos recorridos, a la vez que la riqueza de sugerencias que van más allá del papel de las lectoras. En efecto, el capítulo propone una interpretación más amplia sobre la novela y las preocupaciones en torno a su peligrosidad, así como sobre las estrategias que editores, escritores y críticos llevaron a cabo para contener esa amenaza o, por el contrario, para defender la utilidad del género. La autora vuelve a relacionar de forma ágil la literatura y el arte europeos y argentinos: desde Emma Bovary (como tipo de la lectora moderna que tiene sus réplicas en las novelas argentinas) hasta una pintura del artista belga Antoine Wiertz (*La lectora de novelas*, 1853) que condensa inmejorablemente la forma en que la lectura femenina se asocia a la sensualidad y la perversión: recostada sobre una cama, una mujer lee, desnuda y extasiada, las obras que el demonio sigilosamente le entrega. Como cierre, la autora resalta, entre un siglo y otro, entre un lenguaje y otro, lo que se altera y lo que permanece: por un lado, la concreción de una escritura femenina más autónoma, como la que se evidencia en las crónicas que escribió Emilia Pardo Bazán en 1914 para *La Nación*, y, por el otro, el tópico del “ángel de hogar”, que “retorna, romantizado y moderno, en el siglo XX” (162) (por ejemplo, en el film *Stella*, de 1943).

El ensayo se mueve en una minuciosa variedad de textos e imágenes, representaciones y prácticas, aspecto sobre el que la propia Batticuore llama la atención en el prólogo: “Al fin y al cabo, el arte y la literatura, en todo el despliegue que ofrecen sus formas, están hechos más que nada de detalles” (16). Agregaríamos que lo más notable de esta escritura *detallista* es la manera en que logra organizar y asignar un sentido a esos ejemplos que funcionan como concretizaciones de un recorridoteórico y crítico. Es éste un rasgo, entre otros, que le permite a la autora producir un último cruce, el que se da entre el rigor académico y la amenidad. En efecto, la sencillez con que maneja un vastísimo archivo y la soltura con que entrelaza las líneas de análisis que abre para explorar, desde su interés por la lectura femenina, distintos aspectos de la

cultura argentina, hacen que el libro, valioso aporte al campo disciplinar, pueda interesar a un público amplio.

### **Bibliografía**

Batticuore, Graciela. La mujer romántica: lectoras, autoras y escritores en Argentina (1830-1870). Buenos Aires: Edhasa, 2005.